

# Anarquismo / consejismo (I)

FRANK MINTZ

(Publicado en Bicicleta 15, 16 y 17)

Frank Mintz, conocido como pocos de los teóricos consejistas, su evolución, sus contradicciones, sus incursiones en el campo libertario... inicia una serie en la que analizará los pensadores y momentos más interesantes del consejismo. Al de hoy sobre Korsch, seguirán trabajos sobre Paul Matick, Checoslovaquia, Pannekoek, etc.

El estudio de Douglas Keller (Karl Korsch: «Teoría Revolucionaria»), es magnífico porque da una visión global de la evolución de; pensamiento de Korsch, subrayando las múltiples manipulaciones del mismo, presentando casi exclusivamente en Francia y en España como el de un marxista -ligeramente- crítico.

Voy a interpretar la evolución de Korsch: es un profesor de filosofía que estuvo en Inglaterra en contacto con la Fabian Society, teniendo un buen conocimiento de Kant y de Marx. Al ser llamado a filas en Alemania durante la primera guerra mundial se negó a empuñar el fusil, pese a las sanciones y las batallas. Al terminar la guerra, Korsch entra en el partido socialista y elabora un estudio de los consejos que brotaron revolucionariamente por toda Alemania.

Es importante constatar cómo en 1920, aboga por una sociedad fundada en los consejos, sin tutela de partido, sin necesidad de estado socialista. Pero en el mismo año Korsch se suma al incipiente partido comunista en el que permanecerá hasta 1926, aceptando no sólo la primacía del partido, sino el liderazgo de la Unión Soviética y del pensamiento de Lenin. Así cayó en el extremo de escribir: «con el luxerburgismo, debemos exterminar cualquier trotskismo en nosotros». (En el ensayo «Leninismo y trotskismo», 1925.)

En 1925 Korsch, que era diputado comunista, fue apartado del partido por presiones de la URSS, y enseguida se lanzó a una crítica a rajatabla del leninismo y luego del marxismo. ¿Cómo explicar estas contradicciones? ¿Qué validez puede tener el análisis de Korsch?

Me parece que es el problema de cada intelectual, con un pensamiento personal, que se sumerge en la vida de un partido, y en especial del comunista. O quizá es el caso psicológico del neófito, del novato que quiere integrarse a la fuerza, lo más rápido posible, entre los elementos más fieles de un grupo: el inmigrante-superpatriota, el intransigente nuevo adepto de una religión, el capataz ex-trabajador . . ., sobran los ejemplos. Y si no fue éste su caso, pudo haber sido el tan corriente de cambiar desde el interior la estructura de; partido, tapando y rechazando en lo más profundo de sí mismo las dudas y las interrogaciones.

El marxismo de Korsch fue la evolución lógica de sus ideas kantianas, fabianas de llegar al Estado y poseerlo, lo mismo que su antimarxismo fue la respuesta, la continuación de su estudio sobre los consejos. Y la separación de Korsch del marxismo fue progresiva, pero profunda, a partir de 1925, y voy a tratar de dar los jalones más importantes.

A principios de 1926, en una conferencia convocada por el partido para que Korsch explicase su postura, declaró que la política soviética no era más que una «degeneración de la teoría leninista», lo que poco después acarrió su expulsión ratificada por el Komintern en junio de 1926. Entonces, Korsch habló sin rodeos -prueba de que se autocensuraba antes-: la URSS es

una «dictadura contra el proletariado, una dictadura de kulaks» y esto también en el parlamento en el que seguía siendo diputado. Korsch profundizó su crítica analizando la URSS («Diez años de lucha de clases en la URSS») como un antagonismo entre una «burguesía contrarrevolucionaria», de Lenin y Stalin y los proletarios, a veces representados por la Oposición Obrera, Zinoviev y Trotsky. Dicha burguesía contrarrevolucionaria encajaba en la reacción del poder burgués tras la primera guerra mundial contra la serie de revoluciones en varios países.

Se constata que este pensamiento implica un análisis global, materialista, de la práctica de; marxismo y por tanto, conducía a plantear por qué fracasaba el marxismo. «El marxismo hoy por hoy está inmerso en una crisis histórica y teórica». No es simplemente una crisis dentro del movimiento marxista, sino una crisis del mismo marxismo. ( ... ) Es engañoso y hasta falso ver los orígenes de la presente crisis como el resultado de la perversión o de la simplificación extrema de la teoría de Marx y Engels en manos de los sucesores. Es igualmente un desenfoque yuxtaponer este marxismo degenerado, falsificado, a la «pura teoría de los mismos Marx y Engels». («La crítica de; marxismo», 1927, inédito).

Parece que las consecuencias que sacó Korsch le asustaron y/o temía pasar por un heterodoxo y no las publicó, e incluso siguió publicando ensayos sin dar realmente su pensamiento, como en el «Karl Marx» (publicado en español, en Ariel, 1975, antes de que haya aparecido el pensamiento profundo de Korsch), editado por primera vez en 1938. Pero en el mismo año publicaba un artículo -¡con seudónimo!- en el que destilaba prudentes críticas al marxismo para terminar retornando a la alteza de miras práctica y no puramente ideológica con que la Primera Internacional de Trabajadores marxista (y al mismo tiempo proudhonista, blanquista, bakuninista, sindicalista, etc.), acogió en su seno a todos los trabajadores que aceptaban el principio de la lucha de clases proletaria e independiente, como rezaba en la primera de las reglas redactadas por Marx. «la emancipación de las clases trabajadoras debe ser conquistada por las mismas clases trabajadoras» «el marxismo y la tarea presente de la lucha de clases proletaria»).

Es característico que Korsch no quiso llegar a un concepto anarquista, porque en el fondo guardó la ilusión por el gobierno revolucionario, y, conocedor de la realidad española desde 1931, aprobó la entrada de la FAI-CNT en el gobierno: «que demostró a todos, excepto a algunos grupos de anarquistas extranjeros desesperadamente sectarios e ilusionados (que ¡incluso ahora se niegan a manchar su pureza antipolítica respaldando animadamente el esfuerzo desesperado de sus compañeros españoles!) la relación vital entre la acción económica y política en todos los dominios y, sobre todo, en la fase revolucionaria inmediata de la lucha de clases proletaria» («Economía y política en la España revolucionaria»). Juicio que me parece trasnochado y huero, aunque compensado por la apreciación de las colectivizaciones, tan importantes como la Comuna de Paria, descritas en un artículo que falta en este libro, como falta en una edición de Korsch-Mattick-Pannekoek-Wagner, en parte sobre España con el título «La contra-revolución burocrática» ¡lamentable coincidencia!).

Comentando «Colectivizaciones, la obra constructiva de la revolución española», Korsch decía en 1938, si bien muy brevemente, que dicho libro: «rompió el círculo de silencio y de deformaciones gracias a que una parte esencial de la nueva fase del desarrollo de la revolución española empezada desde el 19 de julio de 1936 y que fue hasta la fecha casi completamente ocultada a la clase trabajadora internacional». Destaca la preparación de años de los obreros anarcosindicalistas, tanto en las capitales como en las aldeas más apartadas, y la importancia de este tipo de sindicalismo: «hasta hace poco condenado por las otras

tendencias del movimiento europeo. por ser tina formación utópica y destinada al fracaso en caso de conflicto.»

La guerra de España significó seguramente, junto a la constatación de la ausencia de evolución de Unión Soviética, después de la segunda guerra mundial, cierto acercamiento de Korsch al anarquismo, como se ve en una carta de mayo de 1948 en que habla de un futuro estudio de las ideas de Bakunin a partir de la edición española de «Estatismo y Anarquía» y sus relaciones con el compañero Laín Diez. De pasada, este compañero, traductor de «La filosofía de Lenin» de Pannekoek y de «Enseñanza de la revolución española» de V. Richards, se carteo con Pannekoek también, y escribió abundantemente en varios idiomas, vive -o vivía- en Chile.

Sus «Diez tesis sobre el marxismo hoy día», publicados en 1950, constituyen su último escrito, puesto que cayó gravemente enfermo después, y sólo fue consciente a trechos hasta morir en 1961. Como el autor de la antología citada al principio no insiste en dichas tesis - conclusión de la obra de Korsch y sus investigaciones sobre Bakunin-, ni tampoco Mattick en su obra sobre Karl Korsch, no resisto la tentación de reproducirlas:

«1. Hoy día no tiene sentido el preguntar hasta qué punto la enseñanza de Marx y Engels es todavía teóricamente aceptable y prácticamente aplicable.»

«2. Hoy día cualquier intento de restaurar la doctrina marxista, como un todo y en su función original de teoría de la revolución social de la clase trabajadora es una utopía reaccionaria.»

«3. No obstante, en bien y en mal, los componentes importantes de la enseñanza marxista siguen eficaces hoy día, si bien con una función transformada y en un ámbito distinto. Por eso, importantes impulsos de la práctica del movimiento de la clase trabajadora del principio del marxismo han entrado ahora en los conflictos prácticos de los pueblos y de las clases.»

«4. El primer paso para restablecer una teoría y una práctica revolucionarias consiste en romper la voluntad exclusiva del marxismo, de las iniciativas revolucionarias y del dominio teórico y práctico.»

«5. Marx sólo es hoy día uno de los numerosos precursores, fundadores y pensadores del movimiento trabajador socialista. Los así llamados socialistas utópicos desde Tomás Moro hasta ahora son tan importantes como los grandes rivales de Marx, como Blanqui, y sus enemigos jurados, Proudhon y Bakunin. Y, por fin, no son menos importantes, los movimientos recientes como el revisionismo alemán, el sindicalismo francés y el bolchevismo ruso.»

«6. Los siguientes puntos son particularmente críticos en el marxismo: a) su dependencia práctica de la economía subdesarrollada y de las condiciones políticas de Alemania y otros países de Europa Central y Oriental donde tenía que adquirir una importante política; b) su adhesión incondicional a las formas políticas de la revolución burguesa; c) su aceptación incondicional de las condiciones económicas avanzadas de Inglaterra como modelo de los futuros desarrollos de todos los países y como precondiciones objetivas para la transformación del socialismo; y habría que añadir: d) las consecuencias de las intentonas repetidas, desesperadas y contradictorias del marxismo de romper estas condiciones.»

«7. He aquí los resultados: a) la sobreestimación del Estado como instrumento decisivo de la revolución social; b) la identificación mística del desarrollo de la economía capitalista con la revolución social de la clase trabajadora; c) los desarrollos ulteriores ambiguos de esta primera forma de la teoría revolucionaria marxista con el pegote artificial de una teoría de la revolución comunista en dos fases. Dicha teoría, dirigida en parte contra Blanqui, y en parte contra Bakunin, aplazó la emancipación real de la clase trabajadora en el movimiento presente hacia un porvenir indefinido.»

«8. El desarrollo leninista o bolchevique apareció en aquel entonces, y fue bajo esa forma como el marxismo fue transmitido a Rusia y Asia. Así el socialismo marxiano ha sido convertido de teoría revolucionaria en una ideología que podría ser -y ha sido usada- para varias metas distintas.»

«9. Desde este punto de vista, las dos revoluciones rusas de 1917 y 1928 deben entenderse de modo crítico. Y es así como hay que determinar las diversas funciones cumplidas por el marxismo en la Asia actual y a escala mundial.»

«10. Los trabajadores no alcanzarán el control de la producción de sus propias vidas al ocupar las posiciones en los mercados internacionales y mundiales que han sido abandonadas por la llamada libre competencia destructora entre los propietarios de los monopolios de los medios de producción. Dicho control sólo puede resultar de la intervención planeada, de todas las clases actualmente excluidas, en la producción que hoy por hoy tiende a ser regulada de un modo totalmente monopolizador y planificador.»

El texto es a veces muy escueto -la tesis núm. 3, ¿qué son los componentes importantes?-, pero es un rechazo del determinismo económico, de un modelo equis por e¡ que pasarían los explotadores automáticamente. La evocación de la necesidad de la emancipación de los trabajadores por ellos mismos tampoco es muy neta en la medida en que deja por completo la parte psicológica -tendencia autoritaria que ya subrayó Bakunin- y la parte inconsciente -el papel sexual del fascismo y el masoquismo de los trabajadores, analizados por W. Reich- Aspectos que en abandono del marxismo y la inconclusión de su pensamiento Karl Korsch ofrece una indispensable información.

## Anarquismo / Consejismo 2: Paul Mattick

FRANK MINTZ

Pese a su título un tanto contuso, «comunismo Anti-bolchevique» [Merlin Press (Londres 1878)] es un libro interesante, que recoge los ensayos de un trabajador. Paul Mattick nació en una familia obrera en Berlín en 1904, y fue trabajador en la Siemens, afiliándose al K.A.P D., escisión del P.C. socialdemócrata y moscovita, en la que militaban Gorter, Pannekoek y Rühle. En 1926 emigró a los EEUU entrando en la organización de tipo sindicalista revolucionario I.W.W. y animando luego revistas comunistas de consejos, con Panekoek y otros consejistas alemanes, refugiados en los EEUU a causa del nazismo.

Mattick ha escrito también «Marx y Keynes», «Crítica de Marcuse»: el hombre unidimensional en la sociedad de clases», y en alemán «Crisis y teoría de la Crisis». También hay en francés su demoledora crítica del «Tratado de economía marxista» de Mandel, con artículos de Pannekoek en «La contra-revolución burocrática», y una semblanza de Rühle en el folleto «Fascismo oscuro, fascismo rojo» del mismo Rühle.

En la antología citada al principio, tenemos 12 ensayos escritos entre 1935 y 1969 que marcan una constancia notable del pensamiento y un repudio indiscutible y claro del capitalismo privado y del capitalismo de Estado, si bien con un enfoque muy distinto al anarquista.

Desde un punto de vista laboral, los principales artículos son 4: «El comunismo de consejo», «Espontaneidad y organización», «La gestión obrera» y «Otto Rühle y el movimiento obrero alemán». Al abordar el comunismo de consejo, Mattick plantea el problema del por qué del debilitamiento, la mengua del movimiento, y es importante seguir su análisis porque los anarquistas de todas las tendencias están en la misma postura. Empieza destacando que «los mismos trabajadores son más o menos conscientes de la imposibilidad de actuar contra el capitalismo». Este sentimiento no puede ser quitado por el uso de una «fraseología extremista» o la «sumisión completa» a las clases poseedoras. Tampoco se puede explicar la situación actual hablando de «traiciones» o de «renegados». Del movimiento obrero que sedesarrolló históricamente en varias naciones, sólo quedan organismos que no tienen nada que ver, y que están «tan integrados dentro de la sociedad existente que son incapaces de funcionar si no son instrumentos de la misma.» Mattick da «la explicación»: el marxismo no es culpable de tal decaimiento, puesto que fue rechazado y nunca comprendido como «guía no dogmática para la investigación científica y la acción revolucionaria». En comparación con el anarquismo, el argumento no es original, dado que lo mismo en la Rusia de 1917-18, que en la España de 1936-39, nuestra explicación de nuestro fracaso es la falta de anarquismo.

Y Mattick prosigue dando los jalones de un renacimiento: el corte del «viejo movimiento obrero» con las viejas organizaciones. Aunque Mattick señala que en este viejo movimiento hubo el 1905 ruso, que dio por primera vez una orientación hacia la toma de los instrumentos de producción, considera que el carácter profundo de los trabajadores europeos era pro-capitalista.

Lo que queda de los trabajadores capaces, consiste en los grupos comunistas de consejos que «son marxistas porque no existe aún una ciencia social superior a la que creó Marx». Los grupos toman la situación actual sin sentimentalismo, como es. Consideran que «es imposible de organizar fuerzas anticapitalistas con importancia (más fuertes que el capital) dentro de la

estructura de relaciones capitalistas». Afirman que dadas estas condiciones «las acciones espontáneas de masas insatisfechas, durante el desarrollo de la rebelión, crearán sus propias organizaciones, y que tales organizaciones, surgidas de las condiciones sociales, son las únicas que pueden dar término al tinglado social actual.»

Y, agrega Mattick: se propone como estructura de la nueva sociedad una organización de consejos, con la adopción de un promedio de trabajo social horario, participando los trabajado-res directamente en todas las decisiones necesarias. Los grupos comunistas de consejos no dicen «estar actuando por los trabajadores», porque pertenecen a la clase: sugieren acciones, no las realizan «para la clase». Los grupos demuestran «por la palabra y los hechos» lo que el movimiento obrero puede realizar.

«Espontaneidad y Organización» está escrita en 1949 y de hecho descarta el problema como siendo del pasado y el de «una clase trabajadora altamente desarrollada». Sin embargo Mattick expone el concepto de George Sorel y de los sindicalistas de la huelga general, sin dar directamente su opinión. Esta falta de interés por el anarcosindicalismo y la falta de información (incluyendo al bueno de Sorel), se repite en «La gestión obrera», aunque reconoce que cultivaba la acción directa y era menos burocratizada que los otros sindicatos. En cuanto a las realizaciones autogestionarias de la guerra de España, no parecen interesar a Mattick, así como tampoco todo lo que es el anarquismo español, ya que no aparece en ninguna parte.

En cambio las afirmaciones del marxismo como análisis certero se repiten, como en la conclusión de dicho artículo sobre «La inevitabilidad de las crisis y las guerras». «La gestión obrera» es de 1967, y nos da una prueba de la estrechez de visión de Mattick (y a mi parecer de todos los consejistas), tras un estudio muy superficial de las relaciones entre Lenin y los consejos (como si no hubiera leído a Brinton, Volin o al propio Lenin), Mattick concluye: «la conciencia de clase debe haber faltado totalmente en Rusia, y sólo pone «según Lenin», para poder endilgar su esquema sobre el atraso de Rusia y por tanto el fracaso normal, como en cualquier otro país, siendo el nacionalismo siempre negativo (y no se comprende cómo pudo ser 1905 algo positivo ya que nacía en un país atrasado), en oposición a Alemania en que la revolución fracasó por «negatividad subjetiva». Siendo igual que en Alemania para Italia, Hungría y España.

La vaguedad de la exposición para Alemania se acentúa con la evocación de Otto Rühle, acusado de revestir el marxismo con la sociología y la psicología burguesas, lo que da un «marxismo emasculado» porque «este tipo de marxismo no podía servir a las necesidades prácticas de los trabajadores, ni tampoco ayudar en la educación de los mismos».

Esta incapacidad de Mattick para aceptar un instrumento indispensable para comprender el impacto de la familia, la educación y la propaganda es curiosa, pero si fuera capaz de proporcionar explicaciones a las fases de retro-ceso se podría perdonar el desconocimiento de W. Reich y Erich Fromm (y cito expresamente alemanes, porque, aparte de los acontecimientos alemanes, poca cosa de la historia proletaria parece conocer Mattick). Mattick sólo machaca análisis marxistas económicos y nada más, lo que reduce enormemente por ejemplo su crítica de Marcuse.

Pero Mattick no es sectario en la medida en que declara que Rühle era un hombre no asimilable a una organización, y que tendía al anarquismo, lo mismo para Karl Korsch. En ambos casos, curiosamente, dice que no dejaron el marxismo (¡cómo para excusarles!). Es

una lástima que ninguna revolución haya dado un período consejista, porque con el marxismo por una parte, y conceptos ya vistos sobre la sociología y lo que puede «ayudar en la educación» de los trabajadores...

¿Qué es el marxismo de Mattick? La introducción, sin lugar a dudas de 1978, es tajante: «En el pensamiento de Marx, un capitalismo plenamente desarrollado era el requisito para la revolución socialista». En cuanto a los países atrasados, el nacionalismo sólo los puede conducir a una forma capitalista. Esto no impide a Mattick evocar una organización consejista a nivel nacional. Y si la denuncia del bolchevismo en sí como entidad, agrupando el leninismo, al trotskismo y al estalinismo, está muy clara, no veo en que medida el marxismo no ha de incluirse también. Mayor-mente cuando Mattick —el que en todos sus análisis de Kautsky, Lenin, La URSS, no tome nunca como primer elemento de estudio el concepto o la situación de los trabajadores no deja de ser muy inquietante— afirma que Lenin era totalmente marxista en filosofía y economía.

Otras contradicciones, en el marxismo de Mattick, es la repetición sempiterna del atraso de Rusia, sin explicar nunca el papel activo del campesinado ni tampoco las resistencias como Kronstad (citado una vez), La Oposición Obrera, La Majnovichna (nunca citados). La última contradicción es la afirmación repetida de que la URSS, es como la Alemania de Hitler, y en el ensayo contra Marcuse, la constatación de que en la URSS si los directores establecen leyes de mercado será una «contra-revolución»; por tanto en la URSS hay cierta revolución... ¿ ?

Estos aspectos nebulosos no quitan el extremo interés de algunos análisis y sobre todo la postura sobre el comunismo de consejo, y destacan las posturas anarcomarxistas de Rühle y Korsch, si bien éste afirmó que el marxismo, su restablecimiento hoy por hoy es una «utopía reaccionaria».

## Anarquismo/Consejismo (3): Panekoek

FRANK MINTZ

Es conocida y evidente la ignorancia —fingida o real—, que Pannekoek muestra acerca del anarquismo y del anarcosindicalismo en sus obras; y para el lector que quiera comprobarlo personalmente, cito las obras que he consultado: «Los consejos obreros», «La contrarrevolución burocrática», y «Pannekoek and Gorter's marxism». Dicho esto, en Pannekoek existe un concepto sindical, pero también existen varias ambigüedades que explican las manipulaciones que se llevan a cabo con la excusa del consejismo.

La principal aportación del Pannekoek —y uno no está lejos de pensar que se trata de la única—, es el papel del sindicalismo en la sociedad desarrollada tras la Primera Guerra Mundial (y antes en EE.UU.): «El sindicalismo y su burocracia se parecen también al Estado, pese a sus formas democráticas, en el hecho de que la voluntad de los miembros es incapaz de dominar la burocracia; cada rebelión se estrella contra el aparato, cuidadosamente edificado, de ordenanzas de negocio y de estatutos, antes de conseguir mover a la jerarquía» (escrito en 1920, en «Smarts»); «La meta del sindicalismo no es sustituir el sistema capitalista por otro modo de producción, sino mejorar las condiciones de vida dentro del mismo capitalismo. La esencia del sindicalismo no es revolucionaria, sino conservadora (...). Hay por lo tanto una diferencia entre la clase obrera y los sindicatos. La clase obrera mira más allá del capitalismo, mientras que el sindicalismo queda enteramente confinado dentro del sistema capitalista» (escrito en 1936, «Contrarrevolución burocrática»).

Observa Pannekoek que los funcionarios sindicales «pese a sus orígenes obreros adquieren, con los años de experiencia al frente de la organización, un nuevo carácter social (...) no trabajan en las fábricas, no están explotados por los capitalistas, no están amenazados por el paro (...), se preocupan de los «intereses de la Industria»; procuran ser los intermediarios» (en el libro citado anteriormente). Un tal Bakunin había dicho lo mismo antes en «Estatismo y Anarquía»: «Pero esa minoría (de dirigentes, en la dictadura del proletariado), nos dicen los marxistas, estará compuesta de trabajadores. Sí, de antiguos trabajadores quizá que, en el momento en que se conviertan en gobernantes o representantes del pueblo, cesarán de ser trabajadores y considerarán, desde entonces, al pueblo desde su altura estatista(...) El que dude de ello no sabe nada de la naturaleza humana.» Carlos Marx, comentando la obra de Bakunin, tildaba estas afirmaciones de «fantasías sobre la dominación» (Marx, Engels, Lenin: «Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo»).

Quizá Pannekoek desconocía este aspecto de la polémica entre Marx y Bakunin, pero dejó su crítica incompleta, limitándola a los sindicalistas y no generalizándola a todos los aprendices de partidos comunistas y pescadores en ríos revueltos, al socaire de la crítica al sindicalismo.

Pannekoek sabe reconocer que hay excepciones, como el «sindicato único» de la I.W.W. (sindicato de acción directa compuesto por marxistas y anarquistas, fuerte entre 1905 y la Primera Guerra Mundial), pero «sus miembros fueron perseguidos sin piedad por el conjunto del mundo capitalista». De ahora en adelante «la verdadera organización que necesitan los obreros, en el proceso revolucionario, es una organización en la que cada uno participe, en

cuerpo y alma, tanto en la acción como en la dirección (...). Los dirigentes profesionales sobran en tal organización. Desde luego habrá que obedecer: cada uno tendrá que conformarse con las decisiones que él mismo contribuyó a formular. Pero la totalidad del poder se concentrará siempre entre las manos de los propios obreros». Y luego, Pannekoek, evoca un funcionamiento de asambleas, con la elección de un comité de huelga o un comité para cualquier conflicto, con «delegados revocables a cada instante», y «sin que el comité pueda, en ningún momento, tener un poder independiente». Y Pannekoek, pone el ejemplo de los soviets rusos y alemanes, sin explicar las tendencias que les animaban, ni tampoco los problemas que tuvieron con el Estado y el Partido.

No deja de ser inquietante el olvido de referencias al anarcosindicalismo, amén del juicio deformador y leninista que da, de la actuación cenetista en 1936: «los trabajadores» (lo que permite ocultar su filiación ideológica), «Barcelona» (como si el esfuerzo de construcción revolucionaria no hubiera ido más allá). En «los consejos obreros», Pannekoek (en la versión holandesa), explica su concepto del anarcosindicalismo, presentando una crítica interesante: con la afirmación de que cada uno queda libre de participar en otras formas de luchas «según sus concepciones filosóficas o políticas» (carta de Amiens de 1906), el anarcosindicalismo mostraba su debilidad frente a las divisiones ideológicas. Y Pannekoek trae a colación «la fuerza real de la ideología nacionalista», que el anarcosindicalismo francés fue incapaz de contrarrestar en 1914. Sin que se vea realmente la relación, Pannekoek afirma que «los grandes problemas de la organización social de la producción estaban en un segundo plano», y por tanto, no se era consciente de que iba a nacer y crecer, en el seno del sindicalismo, una burocracia con jefes sindicalistas y con «un tipo de organización como el propuesto por la socialdemocracia».

Esta última crítica es una exageración, y ya había una denuncia del riesgo tanto en Malatesta, en el congreso de Amsterdam de 1907, como en Peiró en 1930 en «Problemas de sindicalismo y anarquismo»: si la CNT se erige en centro de relaciones económicas para la sociedad entera, entonces «nos encontramos otra vez ante el Estado, sin atenuantes de ninguna clase, ya que el Estado, en todo caso, no es más que una máquina administrativa, encarnada en nuestra hipótesis, por una imprescindible burocracia sindical». El anarcosindicalismo no ocultó los peligros del sindicalismo, pero su práctica en España estuvo frenada por una serie de trabas antes, durante la guerra civil, y después hasta hoy día. Sin que se pueda dar aquí ninguna interpretación tajante, me parece que, por lo menos dos factores, desempeñaron un papel primordial: la presunción, el personalismo del individuo que encuentra una posibilidad de afirmarse en la CNT porque en ninguna parte le aceptan, y lo mismo habría podido hacer el numerito en una sociedad deportiva o filatélica (y desgraciadamente no fue allí); y la convicción de poseer la verdad, la solución rápida de la crisis, sin cuidarse lo más mínimo de otras soluciones –o sea, el rechazo del diálogo y el tomarse por el mesías, lo que no es grave cuando se limita al esperanto, al jugo de zanahoria, al nudismo, pero es un follón cuando afecta a la huelga, la guerrilla, los contactos con otras tendencias, etc.

Y continuando atando cabos, me pregunto si no hubiera pasado lo mismo con el consejismo de haber tenido la posibilidad histórica de desarrollarse. Excepto unas páginas en holandés, Pannekoek habla siempre de la clase obrera que formará consejos, que vencerá al capitalismo, habrá tendencias pero se armonizarán, etc. Pannekoek, pese a su voluntad innegable de combatir el leninismo, no supo soslayar fórmulas imprudentes («la organización consejista encarna la dictadura del proletariado, lo que quede de antiguos explotadores y ladrones no tiene voz en el control de la producción»). Con estas fórmulas, en un dos por tres, un Carrillo o cualquier hijo de Lenin, te monta un movimiento autogestionario, con cheka y policía en

autogestión para pegar a drogadictos, quinquis, etc., con vivas a Marx y a Pannekoek. Y valgan los ejemplos de quienes hablan de asambleas de 22.000 obreros en Sabadell (caso de 1975 en Francfort) y de 200.000 en Sao Paulo (mayo de 1979 en París); y añado que, seguramente, Mao habrá escrito en algún lugar que China lleva treinta años de asamblea de 900 millones de tíos...

La visión racional y económica del exmarxista Pannekoek no le permitió intuir y percatarse de la burocratización latente en cualquier grupo, que no consigue frenar ni siquiera la posibilidad de permanente revocabilidad. Es la rotación de las tareas, la superación de la oposición entre trabajadores manuales e intelectuales, la crítica y la discusión lo que, con el compañerismo y el respeto por el otro, cercena el embrión de burocracia que nace tanto en el sindicalismo, como en un consejo, como en la autogestión, etc. Y sin duda, fue esta toma de conciencia, la que provocó el extremo de que algunos consejistas se negaran a cualquier acción para no separarse de la clase, puesto que sólo la clase hará la revolución: y la verdad es que, concientizar a la gente, sin meteduras de pata, ya es mucho.